

I Congreso Iberoamericano de CEAPI

Madrid, 28.09.17

Quiero empezar mi intervención agradeciendo al Consejo Empresarial Alianza por Iberoamérica la invitación a participar en este primer Congreso Iberoamericano que, como no podía ser de otra forma, ya ha sido un éxito.

Y no podía ser de otra forma porque esta joven alianza tiene a los mandos a Nuria Vilanova, que es sinónimo de garantía de éxito y de eficacia probada.

Nuria es de esas pocas personas que hace muchas cosas, en muchos sitios distintos y que todo lo hace bien.

Muchas gracias, Nuria, por dejarme participar de esta iniciativa para construir puentes entre España y Latinoamérica.

Por suerte, a lo largo de mi vida, he tenido la oportunidad de promover y de participar activamente en muchos proyectos que buscan extraer el enorme potencial que sigue acumulando Latinoamérica.

Y he tenido siempre la convicción de que la mejor vía para hacerlo era explotando las sinergias evidentes que comparte toda la región con España.

Afortunadamente, somos muchos los que compartimos este convencimiento y este Congreso Iberoamericano es la mejor prueba de ello.

Permítanme que mis primeras palabras sean de condolencia y solidaridad hacia las víctimas de las catástrofes naturales que en las últimas semanas han afectado a diferentes puntos del continente americano.

Y permítanme también compartir un recuerdo muy especial para otras víctimas. Son las víctimas de la tiranía, del abuso de poder y del populismo. Me refiero a los presos políticos, a los disidentes y a los millones de ciudadanos latinoamericanos que en pleno siglo XXI siguen siendo víctimas de la represión por parte de regímenes antidemocráticos.

A todos ellos, incansables luchadores por la libertad, quiero decirles, una vez más, que no están solos.

Gracias a ellos, la democracia prevalecerá.

Nadie puede negar los avances políticos, económicos y de todo orden que se han producido en las últimas dos décadas en Latinoamérica.

Hoy Latinoamérica está más presente que nunca en el mundo. Tres países latinoamericanos (Argentina, Brasil y México) están presentes en el G20 y en 2011 Brasil se convirtió en la sexta economía del mundo en términos de PIB.

Como presidente del Gobierno de España dediqué muchos esfuerzos a tomar las medidas adecuadas para internacionalizar la economía española. Para construir una relación especial con Latinoamérica que necesariamente pasaba por trabajar mucho en el fortalecimiento institucional y la estabilidad económica.

Hoy, reconforta ver que el volumen de importaciones y exportaciones entre España e Iberoamérica se ha más que triplicado desde 1995.

Y reconforta ver que América Latina, que concentra casi el 30% de las inversiones extranjeras españolas, es el principal destino inversor de España, lo que le convierte el tercer inversor mundial en la región.

Sin embargo, sin dejar de reconocer los avances, empieza a ser muy evidente que, en paralelo a ellos, se ha producido un agrandamiento de la brecha entre las dos Américas: La América de la democracia liberal y la del populismo.

La que apuesta por el futuro y la que mira al pasado. La que aspira a que cada ciudadano consolide sus derechos y haga uso de ellos para decidir sobre las cosas que afectan a su futuro, y las que se rigen por el criterio personalista del tirano de turno y sus intereses particulares.

América Latina no dejará atrás las peores páginas de su pasado mientras existan regímenes dictatoriales como los que rigen los destinos de cubanos y venezolanos; mientras las instituciones democráticas sigan ausentes en grandes zonas controladas por bandas de narcotraficantes o grupos terroristas.

Pese a los grandes avances de las últimas décadas, también es difícil negar que América Latina está sufriendo desde hace unos años un agravamiento de la situación económica y política que amenaza con perpetuar unos lastres, de sobra conocidos, que frenan el desarrollo.

Desde el punto de vista económico, existe una decepcionante falta de dinamismo de las "locomotoras económicas" de la región: Brasil, México, Chile, Argentina.

El gran reto que tiene que enfrentar América Latina en el corto plazo es su tasa de crecimiento. No puede seguir creciendo a las tímidas tasas actuales porque eso hace insostenibles las agendas sociales e inviables los programas de reformas.

Se podrá argumentar la desaceleración de la economía China, la caída del precio de las materias primas y de las exportaciones, la apreciación del dólar o los riesgos de una subida de tipos de interés en Estados Unidos, pero en el fondo, todas ellas no son más que contingencias cíclicas que impactan en economías y sistemas institucionales que necesitan más reformas que las acometidas en tiempos de bonanza.

No es América Latina la única que afronta este reto. En Europa tenemos el mismo problema de crecimiento, aquí por razones diferentes, pero que requieren la misma convicción reformista para afrontarlas.

El siglo XXI es tremendamente exigente con la excelencia económica. El éxito requiere cotas muy elevadas de flexibilidad y de adaptabilidad a entornos permanentemente cambiantes.

La Europa actual, burocrática, rígida y ahogada por carísimos estados del bienestar, no está siendo capaz de sumarse al carro del crecimiento.

La falta de un ancla estratégica, los intereses nacionales contrapuestos y también el envejecimiento de una población muy acomodada impiden liberar recursos para que la innovación sea el motor del crecimiento económico, aprovechando las oportunidades de la era digital.

América Latina parte de una situación de ventaja competitiva, en este sentido. La madurez económica menor debe servir para no cometer los errores de otros y acometer las reformas económicas necesarias.

Pero para poder tener éxito en este empeño, es condición necesaria generar estabilidad política. Y la deriva que se observa en los últimos tiempos no es muy alentadora.

Hemos asistido a escándalos de corrupción, algunos de dimensión continental, que han arrastrado incluso a presidentes. La corrupción alimenta la desconfianza y deteriora la convivencia.

Países como Brasil, Perú o Argentina están enfrentando seriamente el problema de la corrupción por primera vez, lo que a largo plazo tendrá consecuencias positivas, tanto en el ámbito de los asuntos públicos como en el sector privado.

La corrupción es fuente de populismo en forma de "movimientos antipolítica o antisistema", por la percepción de que la clase dirigente no sólo no es capaz de dar respuesta a los problemas, sino que es en buena medida responsable de ellos.

Alguno, no sin razón, podrá decir que ningún país está a salvo de la corrupción política. Pero existen otros errores adicionales, más sometidos a debate, que en mi opinión han agravado esta espiral de deterioro, dando más legitimidad a los enemigos de la democracia y debilitando los partidos y las instituciones.

Por ejemplo, la debilidad mostrada al negociar con grupos terroristas y criminales y los mensajes contradictorios respecto a la capacidad de luchar contra el narcotráfico y el crimen organizado.

O el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con una dictadura enemiga de la democracia como la que rige Cuba, a la que se le da incluso el carácter de "verificador imparcial" de los acuerdos con terroristas.

También el doble rasero o la impotencia de muchos países democráticos a la hora de denunciar y confrontar con todo el peso de la ley, a nivel bilateral o multilateral, las injerencias expansionistas, la represión y las violaciones de derechos humanos realizadas por la dictadura venezolana.

Y, finalmente, la doble moral de muchos países occidentales, y singularmente europeos, que ven con pasividad cuando no con complacencia los experimentos totalitarios que se intentan implementar al otro lado del Atlántico.

Esos errores explican por qué, pese al colapso de las economías de Cuba, Venezuela y sus satélites, sus regímenes son capaces de mantenerse se mantienen aún a flote.

La única solución para que esas dos Américas converjan en una América libre y avanzada pasa por perseverar en las reformas.

Y eso atañe a todos los países de América Latina. La Historia es tozuda en recordarnos que nadie tiene el éxito garantizado y menos aún en un mundo tan disruptivo y volátil como el actual.

Se requieren instituciones democráticas más fuertes, basadas en partidos políticos modernos y transparentes y sistemas eficientes de checks and balances que garanticen que todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

Más seguridad jurídica mediante una verdadera separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, que a menudo convergen bajo el paraguas de Presidencias personalistas.

Mejores mecanismos de lucha contra la corrupción.

Administraciones públicas profesionales, ajustadas a su función y eficientes. Sistemas de incentivos para acabar con la economía informal y hacer de las clases medias la base de la estabilidad política y social.

Y, por supuesto, es necesario abrazar de forma decidida por los procesos de integración económica y la libre circulación de bienes, servicios, personas y capitales, como el que representa la Alianza del Pacífico.

El mundo globalizado exige crecer en tamaño para atraer inversiones. Exige abrir las puertas al mejor talento y a las mejores y más modernas tecnologías.

Las derivas nacionalistas y aislacionistas debilitan a quienes las eligen y les hacen mucho más difícil encontrar su espacio en el mundo.

América Latina es la historia de una gran oportunidad.

Somos muchos los que creemos y trabajamos para hacer posible que esa oportunidad se materialice en el mejor futuro que pueda deparar el enorme potencial que encierra aún Latinoamérica.

Agradezco de nuevo a los organizadores esta iniciativa. Proyectos como CEAPI contribuyen a construir nuevos puentes y a acercar dos realidades tan lejanas en lo físico, pero tan próximas en realidad como América Latina y España.